

PALABRAS DEL PROF.

DR. ALEJANDRO

LIPSCHUTZ

Mis muy sinceras gracias al señor Rector de la Universidad de Chile, que me honra al presidir esta reunión. Mis muy sinceras gracias a los amigos que hablaron en nombre de la Facultad de Medicina a la cual pertenezco, de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica y de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Lo que ellos dijeron me procura gran satisfacción, me llena de alegría, y me servirá de estímulo para seguir adelante en mi obra.

Mis muy sinceras gracias a los amigos en la Facultad de Bellas Artes y a otros, responsables de esta reunión. Puede ser que eso de "seguir adelante" en mi obra parecerá a quienes están aquí presentes, cosa algo contradictoria. Nos hemos reunido con el fin expreso de dejar constancia de mis ochenta años, definitivamente e irreversiblemente cumplidos. Hasta hace poco prevalecía la opinión de que llegado a esta edad y ya jubí-



EL SABIO RELATA COMO SE HIZO
CIENTISTA Y AGRADECE A TODOS

1899: cuando el joven Lipschutz estudiaba en el Colegio Nicolás I de Riga



1902 ó 1903: estudiante de Medicina en la Universidad de Berlín

lado desde algunos años, uno debe poner término a sus actividades profesionales u otras, acostumbradas, en forma definitiva.

Sin embargo, muchos colegas y yo entre ellos, consideramos tal opinión muy anticuada. Es una opinión que obedece, o continúa obediendo por la separación abismal que hay en ella, entre trabajo y goce, entre lo cotidiano y lo festivo, entre prosa y poesía, entre práctica y teoría.

¡Tantos años de trabajo, de cotidiano, tantos años de prosa! Y no me refiero sólo al trabajo duro del obrero o inquilino que nunca salen de su tremenda pobreza. Es de prosa también aquel trabajo que "produce" y con el cual uno se enriquece. Es siempre con ansia que se espera la jubilación. Esta promete goce, fiesta eterna y poesía.

Sin embargo, con todo eso se olvida que uno no se hace poeta a la edad de 65, de 70 u 80 años. Hay que co-

menzar escribiendo versos mucho antes. Lo aconsejo a todos. Por cierto, hablo de versos en el sentido simbólico de la palabra. Desde el principio cada uno debe escoger, si esto es posible, aquella especie de trabajo que le produzca goce, que sea fiesta permanente, poesía sin cesar. Es este el momento más difícil en la educación de los hijos y así también en la autoeducación que la completa. Sí, es el momento más difícil, tanto para los educadores como para los educandos, en especial en las condiciones socioeconómicas en las cuales vivimos.

Hemos mencionado el goce, la fiesta, la poesía, la teoría, como puntos culminantes a los cuales cada uno aspira en su modo de vivir. Como mi propio modo de vivir ha sido el del científico de profesión quiero hablarles en primer lugar de la teoría. ¿Qué es teoría? Pues bien, en el idioma de los antiguos griegos la voz teoría significaba fiesta, espectáculo, contemplación, teatro; después llegó a significar también especulación y conclusión científica que se deriva de la práctica humana. Y entenderán ustedes que uno que, su vida toda, ha pasado en el teatro científico abrazando a la teoría, no querrá retirarse de tan gratas ocasiones y tan gratos espectáculos, aun cuando llegue a los ochenta años. Se tratará en tal caso sólo de bien arreglar, o poner en orden las cosas, para poder siempre contemplar y especular, y así aumentar su goce en el teatro científico esperando, o abrazando a la teoría.

Al mirar más de cerca, al penetrar más profundamente en la comprensión de las cosas humanas, la teoría científica se nos presenta con otro aspecto más, diría un aspecto de orden esencialmente *moral*. El saber humano, en sus humildes comienzos, se origina en dura labor; en la labor de todos los días, con el sudor en el rostro; y todo el saber, incluso la teoría científica o punto culminante del saber, es —al mirarlo como fenómeno de orden social— para que sea útil a los hombres *todos*, no sólo a mí o a tí. El mismo espectáculo de tal servicio al prójimo es alegría, fiesta. Es así que los científicos aun cuando jubilados y viejos, continuamos siempre contemplando, especulando y alegremente teorizando, empeñados en servir con todo eso al prójimo, hasta el fin de nuestros días.

Ni siquiera queremos, y no podemos quedarnos con nuestras especulaciones y teorías científicas, simple y definitivamente en casa. Muy al contrario: queremos que la gente no oiga, que acepte los dones que la ciencia le ofrece, para contrarrestar la miseria material y espiritual; queremos que la gente baile con nosotros; queremos que nos acompañen los más atrevidos entre los hombres, en un paseo por el cosmos, aunque fuera sólo en algunas vueltas alrededor de nuestro planeta,

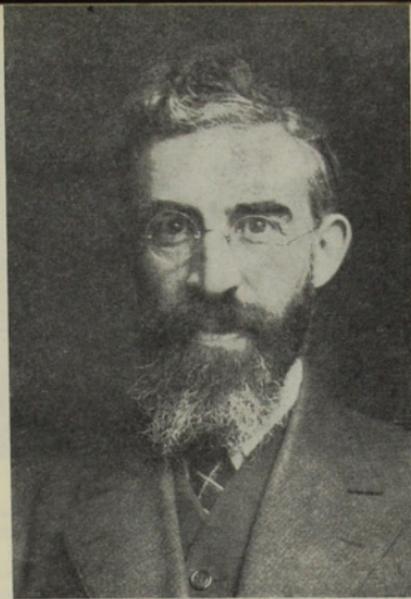
pero muy pronto, tal vez, en una escapadita de fin de semana, hacia la luna.

Muy grado ser científico ¿no es verdad? Pero ¿cómo uno llega a serlo?

Creo que el que tiene la vocación se empeña, aunque él mismo no esté consciente de eso, en emprender su camino hacia la ciencia ya en edad muy temprana, siempre que las condiciones económicas de los padres lo permitan. Digo, emprende el camino hacia la ciencia tempranamente; pero, por cierto, no sólo en el sentido de ser buen alumno, de saber mucho o todo. Tal vez algunos entre los científicos no eran buenos alumnos en el liceo. El espíritu científico presupone cierta terquedad y afición a paseos espirituales a solas; presupone cierta resistencia contra tanto y tan diverso saber transmitido desde las cátedras, forzosamente muy múltiples en la escuela secundaria; presupone también resistencia contra el aprendizaje y en especial contra el memorizar. Todo eso, en el liceo, no siempre permite ser muy buen alumno. Pero mis maestros eran gente muy comprensiva y buena, y les guardo muy buen recuerdo. Ellos no me tomaron por un subdesarrollado intelectual, a pesar de no haber sido buen alumno. Lo menciono porque hubo otros que no tuvieron fe en mis capacidades intelectuales, cuando era un niño o joven. Hasta hoy me acuerdo de una visita que, setenta años atrás, o tal vez aún más, hice con mis dos hermanos mayores, a la imprenta de mi padre. Era una cromolitografía; se imprimía entonces en muchos, hasta 18 colores. Pero en nuestra visita la atracción principal era otra cosa: una guillotina, enorme y amenazadora, en la sección de encuadernación. Su jefe era un verdadero gigante y sólo él manejaba la guillotina. Estaba rodeado de toda una corte de señoritas las cuales, sentadas ante una mesa larga y ancha, siempre se reían y preparaban los paquetes de grandes hojas impresas con etiquetas de té, chocolate o cigarrillos, para ser cortadas en la guillotina. El gigante gentilmente nos explicaba las cosas contestando a nuestras preguntas. Ya no recuerdo cuál fue mi pregunta. Pero sí me acuerdo de su respuesta, fatal para mí: "¡Pero qué tonto es este niño!". Me quedé mortificado. Todo eso ante la corte de las señoritas que continuaban riéndose de su jefe gigante, o tal vez también de mí.

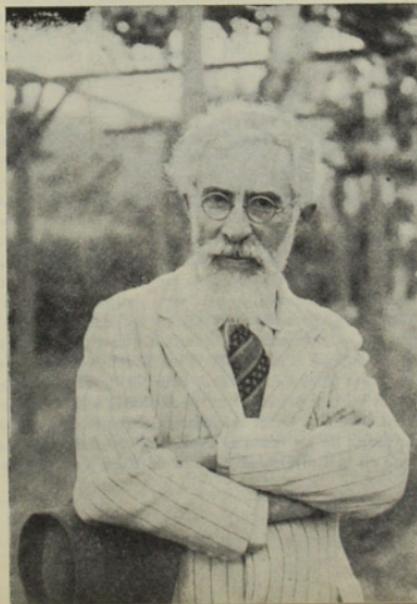
Años después pude tomar mi venganza: cuando ya estudiante de medicina clasifiqué al gigante, para mi uso particular, como un caso de acromegalia, trastorno endocrino hipofisario de gravedad. Dicho en confianza, sesenta años más tarde y versado, aunque sólo superficialmente, en psicoanálisis, admitiría que mi diagnóstico era, tal vez, erróneo.

Perdónenme, por favor, por exponer ante ustedes estas vanidades. Lo hago porque opino que tales historietas son de utilidad para los padres y para los educadores



Alrededor de 1925: profesor en la Universidad de Dorpat (Tartu) Estonia, poco antes de venirse a Chile

En 1937, poco después de dejar Concepción para iniciar sus labores de investigación en Santiago





México 1942: entre el profesor de Fisiología de la Universidad de México, J. J. Izquierdo, y el profesor en la misma cátedra Jaime Pi y Suñer, actualmente en Estados Unidos.

en general. Y aparte de eso: estas historietas son fases importantes en mi cuento de cómo se genera un científico de profesión.

Cuando tenía quince o dieciséis años, estaba yo por comenzar mi carrera científica. ¿Cómo es eso? Yo, no era buen alumno, mis conocimientos de latín y griego eran muy mediocres; era reacio a las matemáticas; y en cuanto a la biología, ella ni siquiera se enseñaba en estos liceos llamados "clásicos", con ocho años de latín y seis años de griego. Tampoco era gran lector de libros. Pero, habiendo tomado interés en problemas sociales leí, en primer lugar, un par de libros sobre los fundamentos del derecho; eran libros escritos por notables científicos rusos. También había visto, a mediados de la última década del siglo XIX, el estallido del movimiento obrero en mi ciudad natal; era el movimiento llamado revolucionario ruso en sus comienzos. Así sucedió que tomé la decisión firme de estudiar ciencias sociales; especificándolo en mayor detalle —estudiar derecho en sus fundamentos sociales—; diría, hoy, en sus fundamentos socioeconómicos. Al terminar el liceo y rendir el bachillerato, era mi deseo de dedicarme al estudio del derecho en el sentido indicado, en alguna universidad de Alemania. Tenía apenas 18 años, y mis conceptos en cuanto a estudios científicos semejantes eran muy vagos; no tenía todavía la madurez necesaria para organizar tales estudios. En aquellos tiempos no existían programas fijos para estos estudios no destinados a la preparación de abogados. Así, después de largas vacilaciones, cedí a la insinuación de mi culto padre y me dediqué al estudio de la medicina, en Alemania y en parte también en Suiza. Pero, desde el principio, tenía siempre presente que me dedicaría a la investigación científica. Desde mi infancia siempre oía que era la gloria de las entonces Provincias Bálticas de Rusia que en la Universidad Técnica de Riga y en la Uni-

versidad de Dorpat, o Tartu, en Estonia, enseñaban grandes investigadores científicos. Cuando ya estudiante universitario, tuve el privilegio de ser alumno de profesores alemanes que eran investigadores científicos de renombre mundial. Les guardo a ellos profunda gratitud; me sirvieron de ejemplo vivo y luminoso de la labor científica en el marco de la enseñanza universitaria. Y a pesar de su gran fama internacional siempre continuaron siendo hombres modestos, sin vanidades, sin farsa alguna.

Todo eso me facilitó grandemente encontrar el camino hacia la investigación científica. Y al recibirme de doctor en medicina en la Universidad de Göttingen me uní para este fin al fisiólogo Max Verworn, que era gran maestro e investigador.

Pero hubo un obstáculo que vencer, obstáculo de verdadera importancia: en aquellos tiempos la investigación científica no tenía "una base de oro", para servirme de las palabras que me dijo, en diciembre de 1907, pocos días después de recibirme, mi bondadoso y siempre muy benévolo maestro en cirugía; las ganancias del ayudante eran muy pocas, y sólo la posición del profesor ordinario aseguraba a uno la existencia económica. Pero se me ocurrió crearle una base sí no de oro, algo dorada, con mi actividad literaria, para la cual sentía vocación. Comencé a escribir resúmenes sobre los progresos en ciencias biológicas y médico-experimentales, en colaboración con revistas alemanas destinadas en especial para profesores secundarios. Participé también, ampliamente, en diarios que en Alemania y Suiza tenían cuerpos especiales, o "folletines" para ciencias y letras. Así trabajé durante varios años principalmente, aunque no exclusivamente, para los "folletines" de diarios socialistas, los que entonces, hace cincuenta y tantos años, ya prestaban mucho interés a las ciencias biológicas y médico-experimentales. Escribí también pe-

queños libros sobre los progresos en estas ciencias, y un par de monografías fisiológicas. Hace exactamente cincuenta años escribí un pequeño libro con el título *Por qué morimos*, destinado para el gran público. Pasó en Alemania por dieciséis ediciones, hasta la llegada de Hitler. Este pequeño libro se publicó también en seis otros idiomas, incluso en español y portugués. Todo eso, por cierto, no era investigación científica. Pero eso sí, me emparentaba siempre más y más con ella.

Hace más de medio siglo me impresionaron grandemente los nuevos estudios experimentales que Steinach realizaba, en Viena, sobre la feminización del organismo masculino por la acción hormonal del ovario injertado en el macho. Me di cuenta de que estos nuevos hallazgos ofrecen grandes posibilidades para penetrar más profundamente en la biología sexual. Tuve la suerte de descubrir, en el laboratorio de Steinach, el fenómeno de la masculinización del organismo femenino, por la acción de la gónada masculina injertada en la hembra. Era pura suerte mía; el animal había sido operado tiempo atrás por un ayudante técnico, y yo descubrí el animal al revisar la existencia de los animales operados, en el laboratorio. Hoy este fenómeno de masculinización se lo puede observar en un experimento de pocos días, inyectando a la hembra testosterona, es decir, la hormona masculina químicamente pura.

Este hallazgo fue comunicado el 14 de diciembre de 1916 en la Academia de Ciencias de Viena y fue el punto de partida de largos estudios experimentales sobre la endocrinología sexual, estudios que pude realizar primero en Estonia y en seguida en Concepción. Estos estudios de fisiología y biología me llevaron hace unos treinta años, en el mismo Concepción, al problema del cáncer en relación con trastornos hormonales experimentalmente producidos. De estos mismos problemas me ocupo hasta hoy, y me atrevo a decir que los últimos tres años han sido de los más exitosos en este cuerpo de nuestros estudios sobre trastornos hormonales cancerígenos.

Les he contado, a través de media hora, sobre mis andanzas científicas. De un espectáculo a otro, de una fiesta a otra —durante una vida entera. Así es la vida de todo investigador científico. ¿Creen ustedes que un científico verdadero jamás estará dispuesto a poner fin a sus andanzas? A estas sus andanzas pondrá fin no él mismo sino su corazón algo desorientado y demasiado palpitante, tal vez alguna embolia cerebral, o un cáncer traicionero en algún escondrijo del cuerpo —perdónenme ustedes estas mis visiones diabólicas inherentes a nuestra profesión médica.

Verdaderamente cautivantes son estas andanzas de un investigador científico en cualquier campo que sea; y fácilmente le apartan éstas andanzas suyas, de las de



Mascarilla de Lipschutz, tomada en 1939 por el escultor Lorenzo Domínguez.



Una de las fotografías más recientes del sabio profesor: con el poeta Nicolás Guillén, en agosto del presente año.

otro campo, aunque si este otro campo hubiera sido su primer amor científico. Este primer amor, en mi caso, han sido las ciencias sociales. Por ser tan cautivantes las andanzas en todos los campos científicos, no hubo lugar para sentir que se dio preferencia no al primer amor, sino a otro, o segundo amor. Lo de sentir el haber seguido no el primer camino sino otro camino, es un triste problema, y diría, de alcance vital. Si en la

segunda mitad de su vida uno mira hacia atrás y *siente* haber seguido el camino que siguió, esto quiere decir que esta persona, hombre o mujer, *sufre* de no haber podido realizar una obra creadora, de no haber podido servir al prójimo, de no haber llegado al verdadero amor. La investigación científica es el medio más eficaz de protección contra tales sufrimientos.

Aparte de eso, en la investigación científica se presenta a veces la oportunidad de volver también al primer amor, sin grave perjuicio para el segundo amor. Así me ha sucedido a mí, en mis andanzas científicas, con la alternativa ciencias biológicas *versus* ciencias sociales. Y me es muy grato decirles a ustedes que eso de poder volver a las ciencias sociales lo debo a Chile. En 1935, cuando ya casi diez años en Chile, tuve el gusto de recibir la visita de dos jóvenes escritores. Me pidieron escribir para su nueva revista *La Voz de Indoamérica*, un artículo sobre el problema racial en Hispanoamérica. Les expliqué entonces con toda franqueza que no estaba suficientemente informado sobre este problema tan agudo. Los visitantes me desarmaron al contestarme que por la fuerza de las circunstancias profesionales mi información sobre el problema racial incluso en América, debería de ser mejor que la de ellos que de profesión, o vocación, escribían sólo cuentos. Así me puse a trabajar sobre problemas indoamericanos. Se me abrió un mundo de saber nuevo para mí, un mundo nuevo de aprender, de teorizar, y de servir. En este campo del saber, entonces tan nuevo para mí, muy pronto pude convencerme que la ciencia social, igual que la medicina experimental, no es sólo para interpretar las cosas, sino para cambiarlas. Conocí de cerca el movimiento indigenista americano y pude apreciar grandemente la amistad que me unía con el Director del Instituto Indigenista Interamericano Manuel Gamio en México, ahora ya difunto, y con el Director del Indian Office John Collier en Estados Unidos.

Sí, la ciencia social, e incluso la historia, cuando es tratada de modo igual que las ciencias naturales llamadas exactas, es arma para vivir y arma para luchar. En este modo de pensar pude escribir en los últimos cuatro o cinco años, mi testamento americanista, o indoamericano, resumido en mi libro que se llama *El problema racial en la conquista de América, y el Mestizaje*. Escribí mi libro, o testamento americanista, con el muy sincero deseo de servir, o expresándolo con magníficas palabras de mi querido amigo Neruda:

"para caminar *conociendo*,

"para tocar la rectitud con *decisiones infinitamente cargadas de sentido*,

"para que la severidad sea una *condición de la alegría*,
"para que *así seamos invencibles*".

Pues bien, queridos amigos, les he contado sobre mis

propias andanzas científicas, sobre la condición de *mi alegría*, pero siempre "para que así seamos invencibles" los hombres *todos*. Sin embargo, hasta aquí, no he destacado debidamente, en mi cuento, un momento fundamental: estas andanzas mías hacia la ciencia, la teoría y alegría no habrían sido posibles si no las hubieran permitido los medios económicos, aunque modestos, de mis padres; sin estos medios económicos no habría podido graduar del liceo, de la universidad y de la colaboración en institutos de investigación científica.

¡Y cuántos son los jóvenes, hombres y mujeres, con vocación científica verdadera, que no pudieron seguir este mismo camino de alegría y de utilidad para la ciencia y para los hombres todos, por la simple razón de que sus padres no disponían de los fondos económicos necesarios! No tengo la intención de terminar mi discurso con lo que se llama "política". Pero eso sí, quiero ser franco y decirles que un sistema socioeconómico que discrimina en la educación de la juventud, entre ricos y pobres, es de una horrorosa crueldad. La enseñanza debe ser no sólo *obligatoria* para todos. La enseñanza debe ser también *accesible* a todos. Deben llegar al liceo, y también a las aulas y laboratorios de la universidad, *todos* quienes en la escuela primaria revelan *capacidad intelectual* para recibir enseñanza secundaria y universitaria. El número de becas apropiadas, tanto secundarias como universitarias, debe ser *ilimitado*.

Gracias a ustedes por su paciencia para conmigo, al caminar juntos desde mi lejana ciudad natal hasta el villorrio de Los Guindos, para tomar conocimiento de mi testamento indoamericano que en este villorrio se escribió.

Gracias a mis maestros de liceo y de universidad, rusos, alemanes, suizos, todos por cierto ya difuntos.

Gracias a mis colegas en la Facultad de Medicina de Estonia, también ellos, todos, ya difuntos.

Gracias a mis colegas en Santiago y Concepción —de los que en 1926 me recibieron en su seno, sólo algunos pocos están todavía en vida.

Gracias a los discípulos que me acompañaron en la investigación científica. Mis gracias a los discípulos son tanto más sinceras ya que la investigación científica, a través de los últimos cincuenta años, llegó a ser trabajo *colectivo*. Pero cada uno que participa en tal trabajo colectivo, siempre contribuye en forma y medida *individual* al resultado.

Gracias a mis ayudantes técnicos y al personal administrativo de todas las jerarquías, y en especial a la paciente secretaria-jefe que desde casi cuarenta años está con nosotros.

Gracias a los amigos americanos, quienes como camaradas mayores y menores me han acompañado en mis andanzas científicas americanistas.

Y gracias de las más profundas a mi mujer, que tuvo la valentía y la generosidad de acompañarme en mis andanzas todas, durante casi medio siglo. Sin su abne-

gada ayuda, frecuentemente en menoscabo y perjuicio de sus propios intereses artísticos y espirituales, yo no habría llegado a estar aquí con ustedes.



El profesor y su esposa Margarita ("que ha tenido la valentía de acompañarme. . .")